

LA IDEEA

SEMANARIO REPUBLICANO SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Dirección y Administración:

Sixto Ramón Parro (Triperia), 27, telef. 133

Toda la correspondencia se dirigirá á la Administración.
Los originales que se remitan estarán firmados y no se devolverán.

Precios de subscripción.

En Toledo, un trimestre 0,75 peseta.
Provincias, id. 1,00 »
Número suelto 0,10 »
Anuncios y comunicados á precios convencionales.

Pago adelantado.

¡ADELANTE!

Hé aquí la voz de mando á que obedecen las Naciones del mundo y los seres todos de la Naturaleza.

Adelante marcha el hombre y hacia adelante caminan los animales; adelante va el mundo moral y adelante va el mundo de la inteligencia; adelante va el sol con su cortejo de astros, encaminándose triunfante á las profundidades del infinito, y adelante debe caminar cuanto tenga vida y esté dotado de movimiento.

Y si todo marcha y todo progresa, porque progresar es ir adelante, ¿cómo es posible que la desventurada España sea la única que no cumpla esa ley divina, y lejos de adelantar retrograde? ¿Es que se ha perdido en esta pobre Patria la fe, que siempre alentó á sus hijos para combatir con los enemigos que oponerse querían al ensanche de sus fronteras y á la extensión inmedible de sus dominios? ¿Es que ha desaparecido la esperanza, esa hermosa virtud que alentó á Colón para ir adelante en busca de un Continente, y á Cortés de un tesoro, y á Viriato de romanos que exterminar, y á los Reyes Católicos de una herencia que recoger, y á Daoiz y Velarde de un pueblo que guardar, y á esos mil y mil héroes que de tu seno salieron?

¿Y quién ha hecho esto, sino estos gobernantes retrógrados, que, deseando tu disolución, han atado el brazo de tus valientes soldados, y han llegado, en su deseo de envilecerte, á poner trabas á la inteligencia y rendir culto á la ignorancia, colocando sobre tu frente augusta el INRI sarcástico de Nocedal, aquel INRI labrado en pleno Congreso, de que *quien quiera instrucción que la pague?* ¿No prueba el señor Pidal su conformidad con el Sr. Nocedal, en el hecho de haber destruido las Escuelas Normales, y desear ahora la supresión de Institutos, Centros benéficos que debieran quintuplicarse?

Y esa instrucción latinesca que desea el actual Ministro de Fomento, ¿podrá despertar en el pueblo español la idea de progreso que lo empuje para ir adelante? ¿Será simpática y agradable una instrucción latinesca, árida y seca, que no proporciona otra cosa que atrofia, y que no crea más que hombres encenques, raquíticos, valetudinarios y enfermizos é incapaces de progresar ni seguir adelante?

¿Y qué diremos de los ilimitados Cursos de Religión que desea se cursen el actual Ministro? No, así no se puede aprender á ser hombres religiosos; como se aprende religión, es prescindiendo esos despóticos Ministros de su vanidad y de su soberbia; siendo justos con todos los hombres, tengan la opinión que les dé la gana; haciendo justicia al infeliz que la pide y no se le otorga, que pide su libertad y se le sujeta con una cadena; haciendo que desaparezca ese hambre y sed de amor, de libertad y progreso que siente nuestra Patria querida, y que hace mucho tiempo no encuentra; que desaparezca esa burocrática centralización que todo lo invade y todo lo desarregla; enseñando con el ejemplo, en una palabra, que se aprende más que con todas las religiones del mundo, que se proporcionan mayores conocimientos que con todas las religiones del universo.

¡Adelante, pueblo español! Adelante, republicanos, en busca de Instrucción y Libertad, Paz y Progreso, que han de ser los símbolos sacrosantos que ostente nuestra bandera, para regenerar á esta Patria, hoy arruinada merced al egoísmo y desacierto de nuestros gobernantes é indiferencia de los

hijos del Cid, de Pelayo y de tantos héroes como por nuestra Historia conocemos.

¡Adelante, republicanos! El porvenir nos pertenece y debemos tener esperanza en hallarlo; que no puede ser más sublime la aspiración que guía nuestras acciones, el ideal que todos pretendemos.

Para conseguir este ideal es preciso dar la batalla contra el despotismo y la tiranía, fuertes todavía en los arrogantes castillos de la ignorancia; es preciso que todos los hombres honrados se agrupen á fin de solicitar que se transformen en instrumentos de labor los cañones y las bayonetas; que las fábricas se centupliquen; que las máquinas de vapor circulen por nuestro suelo, y que la Industria, las Artes, el Comercio, Agricultura y Ciencias vivan sin tener encima estos gobernantes que las destruyen, y que como plantas parásitas, absorben el jugo que debiera sazonar los frutos que produjeran.

Fijense bien el Sr. Pidal y sus compañeros en los bien escritos cuartetos del inspirado poeta D. Manuel del Palacio, en su composición titulada «El Fraile», y que tan en la memoria tenemos los republicanos:

«No de estéril piedad, de amor fecundo
se nutren los hambrientos corazones;
y hacen más falta ejemplos en el mundo
que en el cielo cantares y oraciones.

Bálsamo del dolor es la esperanza,
y afirmo cuanto quiera la pereza,
del bien y la virtud en la balanza,
pesa más el que instruye que el que reza.

Más alto que el incienso cuya nube
se borra, condensada, en el ambiente,
hasta el trono inmortal vibrando sube
el suspiro del pobre y del doliente.

Corregir al iluso y al culpable,
aliviar al enfermo y al cuidado....
ese es el culto á Dios más agradable,
es el deber del justo y del honrado.»

LA MENTIRA MONÁRQUICA Y ARISTOCRÁTICA

«La Monarquía está inseparablemente unida á la religión y la envuelve bajo su forma histórica. La reciproca no existe. Una iglesia determinada puede ser institución del Estado sin necesidad que éste sea monárquico. En teoría, no hay que aducir pruebas al afirmarlo; en la práctica, basta considerar las Repúblicas de los indios y mestizos, en la América del Sur, gobernadas por los jesuitas; la República de los Estados Unidos, en la América del Norte, fundada sobre una base religiosa, y otras más que pudiéramos citar. En cambio, es imposible comprender la Monarquía sin la creencia en Dios. Puede suponerse que un hombre fuerte y valeroso se apodere de la soberanía de un País, conservándola por la habilidad ó la fuerza; que someta á su Nación por un golpe de mano; que se apoye sobre una sociedad de partidarios egoístas, encadenados á sus intereses mediante ventajas materiales, honores y dignidades, y sobre ellos y un ejército al cual conceda los primeros puestos en el Estado y haya conducido á la victoria, colmándole de oro y títulos; que apoyándose, repito, sobre todo esto, se coloque en la cabeza, á gusto suyo, una corona de Emperador ó de Rey, y se nombre Monarca, Protector, Dictador ó Presidente.

»En general, se aguenta la dominación de un hombre de tales condiciones, porque obliga á ello la fuerza de su poder; pero es muy posible que la gran mayoría del pueblo se humille voluntariamente á él, no sólo porque es propio de la Naturaleza humana dejarse

transportar hasta el entusiasmo por el prestigio de los éxitos, sino también porque la generalidad de los hombres encuentra ventaja y comodidad en acatar lo que existe, y además, porque el César, si es un hombre superiormente dotado, puede muy bien gobernar de tal modo que el Comercio y la Industria florezcan, que la justicia sea rápida y segura y que una multitud de ciudadanos, ocupándose no más que de sus intereses materiales, vean, agradecidos, su mesa ricamente servida y sus economías aumentadas.

»Semejante usurpador pudiera ser un hombre de claro talento, no perdiendo cosa alguna si renunciaba á la alianza de la religión. Apoyado en la espada, no tendría necesidad de los socorros de la cruz.

»No temería la crítica de la razón por serle fácil oponer su fuerza á las consecuencias de aquélla. Al decirle un lógico: «Puesto que eres un hombre como nosotros y te hemos elegido voluntariamente por nuestro jefe, no hay motivo alguno para dejarte á perpetuidad el rango supremo y obedecer sin réplica tus órdenes»; el tirano podría responder: «Tu argumento es irresistible; pero mi ejército lo es también, y me obedecerás, no porque esto sea razonable y justo, sino porque puedo obligarte á ello.» En tal situación, no le es necesario á un amo apelar á Dios; le es muy suficiente que apele á su fuerza. Puede renunciar al óleo santo y á las bendiciones de los sacerdotes, toda vez que tiene de su parte la pólvora, y es sabido que las bayonetas de los soldados son, á lo menos, tan persuasivas para la multitud como el misticismo religioso de una pomposa coronación.

»Más aún; para este usurpador cambian las circunstancias desde el momento en que tiene un hijo al cual desea transmitir su poder. Tan pronto como esto ocurre, solicita los auxilios de la religión; entonces recuerda, de improviso, que los altares de las iglesias en la Edad Media servían de asilo y refugio para escapar á las persecuciones de la razón. La hoja de la espada, no es ya suficiente, y le hace poner una cruz por empuñadura. Los orígenes del poder del César están rodeados de una claridad demasiado viva; hay que envolverlos en una nube de incienso. Se confunden con arte los párrafos salientes de su historia en los contornos vagos de una leyenda; recibiendo el sacerdote la misión de oponer á esta pregunta indiscreta: ¿Por qué el débil vástago, que jamás podría conquistar una corona por sí mismo, debe heredarla de su valiente padre? La respuesta siguiente: «Porque Dios lo quiere así.» Con este escudo procuran defenderse las nacientes dinastías. Mas para los hijos del siglo XIX los fusiles de un golpe de Estado no pueden ofrecer el aspecto del zarzal ardiente de Moisés, y es difícil penetrar en nuestras cabezas que un combate en las calles sea una revelación de la voluntad divina. Cuando el heredero de un dictador no puede conservar su trono por los mismos medios que empleó su padre, de poco le servirá buscar en el cielo su derecho á la soberanía.»

MAX NORDAU.

(De la 14.ª edición alemana.)

NUEVOS DERROTOS

Republicano, más bien por ideas intuitivas que por la convicción á que conduce el estudio, no puede nunca comprender el por qué no ha triunfado, sin lucha, teoría tan hermosa y lógica hasta hallar en las obras de Montesquieu las siguientes frases: «El Gobierno, como todas las cosas del mundo, para conservarle, hay que amarlo; jamás se ha oído decir que los Reyes no amasen la Monarquía y que los déspotas odiasen el despotismo; la